

SODALITIUM

Anno IX - Semestre II n. 3 - Ottobre 1992

N. 31

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 31. Título original: *Nona puntata: Patriarca di Venezia (1953-1958), l'azione politica. "IL PAPA DEL CONCILIO"* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **octubre de 1992**. Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Noveno episodio: Patriarca de Venecia (1953-1958). La acción política.

“EL PAPA DEL CONCILIO”

por el P. Francesco Ricossa



*Roncalli mientras votaba en las elecciones
políticas de mayo de 1958*

Monseñor Roncalli, recién consagrado obispo, abandonó Italia en 1925. A partir de entonces, todo su ministerio se desarrolló en el extranjero (Bulgaria, Grecia, Turquía, Francia) hasta 1953, cuando fue llamado a Venecia por la Santa Sede. En ese espacio de tiempo, ¡cuántos cambios! Cuando se fue, reinaba el rey Vittorio Emanuele III y gobernaba Benito Mussolini. Regresó a un país derrotado en la guerra, que se había convertido en república (1946), con una nueva constitución (1948), gobernada por una democracia parlamentaria dominada por los partidos políticos. Para el lector extranjero, y quizás también para algunos lectores italianos, será bueno ilustrar la situación política que se creó en Italia desde la posguerra hasta 1953.

La cuestión democristiana

El final de la Segunda Guerra Mundial vio, también en Italia, el triunfo de la coalición antifascista, agrupada, en nuestro país, en el CLN (Comité de Liberación Nacional). Los partidos que componen este frente son numerosos y, pronto, a menudo hostiles entre sí. Tres bloques muy distintos forman parte del CLN: los católicos liberales, herederos del Partido Popular de Don Sturzo y De Gasperi, los partidos laicos y los socialcomunistas de Nenni y Togliatti.

Echemos un vistazo más de cerca a los dos bloques no católicos.

Por un lado, tenemos el bloque marxista, que tiene aliados comunistas y socialistas (estos últimos debilitados por la división socialdemócrata). Gozan del apoyo soviético, son mayoría en varias regiones italianas y aspiran a conquistar el poder, pacífica o violentamente (pero frenados por los acuerdos de Yalta...).

Del otro lado, el frente laicista, minoritario, pero con sólido apoyo económico. Está representado por el Partido Liberal (más conservador, heredero lejano de Cavour) y el Partido Republicano (más progresista, continuación de las tesis de Mazzini). Ambos partidos, especialmente el republicano, son anticlericales y cercanos a la masonería.

Actuando como puente entre marxistas y laicos, el “partido de acción”, que se declara liberal y socialista. Compuesto principalmente por intelectuales de élite, autoproclamados “conciencia secular” de la nación, pronto se disolvió como partido, pero aún conserva una gran influencia cultural “jacobina”. Estas son las fuerzas políticas no católicas que salieron victorio-

sas al final de la guerra, mientras que las derrotadas se agruparon a la derecha en el Movimiento Social o en los distintos partidos monárquicos (de tendencia liberal). Frente a estos alineamientos, ¿cómo organizar a los católicos? Éste es el problema al que se enfrentó Pío XII. Las posibles elecciones debían resolver las siguientes dudas:

a) ¿era necesario legitimar nuevamente a la Democracia Cristiana (D.C.), renacida de las cenizas del Partido Popular, abandonada a sí misma por Pío XI durante el fascismo?

b) Al responder positivamente a la primera pregunta, ¿era necesario promover la unidad política de los católicos en torno a la DC, o permitir la existencia de más partidos católicos?

c) Si todo estuviera en juego en la DC, ¿podría (¿y cómo?) permitirse una alianza con partidos laicos o marxistas? De hecho, sabemos lo que pasó. Se apoyó a la democracia cristiana, se fomentó la unidad política de los católicos en torno a ella y tuvo que ser gobernada por partidos laicos, mientras que con la excomunión de 1949 se impidió cualquier apertura hacia los partidos marxistas. No faltan críticos que, en retrospectiva y haciendo abstracción de las circunstancias de la época, reprochan amargamente a Pío XII estas elecciones. Pero el Papa no podía ignorar la realidad en la que le tocaba actuar. Y, de hecho, esta realidad se impuso a Pío XII, condicionando sus elecciones. Como subraya Jean Chélini ⁽¹⁾, historiador del pontificado pa-celliano, Pío XII no era, como Montini, un demócrata cristiano. Su objetivo no era tanto actuar “a favor de una corriente política que ganaría su membresía, sino en interés de la Iglesia en Italia, para la salvaguardia de sus derechos, la preservación de los valores cristianos tradicionales del pueblo italiano”, garantizados, en 1929, con el Concordato. De temperamento monárquico y autoritario, Pío XII no estaba dividido entre la defensa de la monarquía y el advenimiento de la República, sino que se preocupaba por buscar el régimen y la fuerza política capaces de preservar el Concordato y los derechos de la Iglesia, y de aplastar el ascenso del Partido Comunista Italiano en particular, y de la izquierda anticlerical en general” ⁽²⁾. A pesar de los mensajes radiofónicos de 1942 y 1944 sobre la democracia, Pío XII no habría desdeñado, para suceder al fascismo derrotado, “un Estado católico autoritario, según el modelo de la Austria de monseñor Seipel y Dollfuss o del Estado nuevo de Salazar, capaz al mismo tiempo de crear un nuevo orden basado en la justicia y la lucha contra el comunismo, pero lo suficientemente alejado de los ideales y de las tradiciones democristiana y liberal” ⁽³⁾.

El concordato concluido con la España del general Franco en 1953 muestra cómo, en otras circunstancias, la elección de Pío XII habría sido

muy diferente de la que se hizo realmente en Italia ⁽⁴⁾. Los acontecimientos pronto hicieron inviable esta solución, ya en 1943. Mientras las estructuras del Estado se desmoronaban (monarquía, ejército...), los hombres de la resistencia (C.L.N.) tomaban el poder, y en el ámbito católico eran todos democristianos.

Ante las decisivas elecciones de 1946 y 1948, el objetivo de Pío XII sólo podía ser impedir que socialistas y comunistas llegaran al poder; ahora bien, al tratarse de elecciones, esto sólo podía hacerse a través de un Partido. Y sólo los democristianos tenían, en el campo católico, la mentalidad y la tradición de partido. Monseñor Montini tenía, pues, un buen partido al hacer prevalecer la elección del único partido “de los católicos” (la Democracia Cristiana), elección que se oponía a “otra tendencia de la Curia, representada por el arzobispo Tardini y el arzobispo Ottaviani, partidarios de la división política de los católicos, de reservar, en la alternativa, una solución de derechas” ⁽⁵⁾. Desgraciadamente, el temor a una victoria electoral social-comunista obligó a la Iglesia a inclinarse por la DC como medio más eficaz para cerrar el paso a los marxistas. No obstante, señala Chélini, “la simpatía de Pío XII por el movimiento demócrata-cristiano era muy limitada; fueron los acontecimientos y las necesidades del movimiento los que le llevaron a dar su apoyo, temiendo sin embargo que el partido no fuera capaz de frenar el avance comunista. Pronto chocó con De Gasperi, que ... juzgaba indispensable la existencia de un gran partido demócrata-cristiano, aconfesional e independiente de la Iglesia” ⁽⁶⁾.

Pío XII llegó a negarse “a recibir a De Gasperi, que había solicitado una audiencia con motivo del 30 aniversario de su matrimonio y de los votos perpetuos de su hija Lucía, que se había hecho religiosa. Nunca más volverían a verse...” ⁽⁶⁾. “Incluso después de que De Gasperi dejara el poder [1953, nota del autor], las relaciones no mejoraron notablemente. Pío XII todavía reaccionó mal al discurso que De Gasperi pronunció el 20 de marzo de 1954 ante el consejo nacional de D.C.”. ⁽⁶⁾. En aquella ocasión De Gasperi reiteró que la D.C. no era “un partido confesional, emanación de la autoridad eclesiástica”, recordó su constante preocupación por asociar al gobierno fuerzas de otra inspiración, único medio de consolidar la naciente democracia italiana, subrayó que “el creyente actúa como ciudadano en el espíritu y en la letra de la Constitución, y se compromete a sí mismo, a su categoría, a su clase, a su partido, no a la Iglesia”, para terminar con una clara redimensión de los Comités Cívicos, que, “aunque loables por su eficaz labor de movilización, nunca han reivindicado las funciones de representación y responsabilidad política”.

El Papa, muy inquieto, ordenó a “Civiltà Cattolica” que escribiera un artículo contra De Gasperi, precisando lo que consideraba la verdadera doctrina de la Iglesia. De hecho, el artículo se publicó el 3 de abril, pero en lugar de atacar directamente a De Gasperi, se enfrentaba frontalmente a Missiroli, defendiendo el derecho de los Comités Cívicos y de los propios párrocos a hacer política, al tiempo que reconocía la autonomía del partido de inspiración cristiana.

En la conclusión, sin embargo, el autor, el padre Antonio Messineo, criticaba explícitamente a De Gasperi por haber subrayado en su discurso la autonomía del partido más que su inspiración cristiana, por no haber recordado que la autonomía política encuentra un límite en la necesidad de obedecer al magisterio eclesiástico en lo que se refiere a los principios morales y sociales que inspiran la acción política de los católicos. El artículo había sido corregido personalmente por el Papa, que aceptó a regañadientes el sesgo elegido por el autor, en su opinión demasiado benévolo con el Presidente del Partido” (8).

Resumiendo (9):

1) Mientras que Montini y De Gasperi querían la unidad política de los católicos en torno a la C.D. por razones ideales, Pío XII sólo la aceptó para superar el peligro comunista.

2) Por tanto, Pío XII sólo apoyó la D.C. como una dura necesidad, de la que hubiera prescindido gustosamente.

3) Por tanto, el enfrentamiento con De Gasperi “era inevitable” (10).

En efecto, De Gasperi y la Democracia Cristiana estaban por la laicidad del Estado, la autonomía política de los católicos respecto a la Iglesia, la colaboración por principio con las fuerzas de inspiración no cristiana (laicistas e incluso marxistas), el rechazo, por el contrario, de toda colaboración con la derecha, aunque sólo fuera en clave puramente táctica y anticomunista.

Mientras que para el estadista de Trento la colaboración con las fuerzas laicas era esencial para la construcción del nuevo Estado, la Santa Sede repetía que “una alianza con partidos anticlericales era inadmisibles, y que si la Democracia Cristiana hubiera seguido por ese camino habría sido considerada como un partido pro enemigo” (11).

4) Por tanto, si Pío XII mantuvo una relación con la D.C., fue sólo por la fuerza de las circunstancias, y no se excluye que, sobre todo a partir de 1952, no pensara en cómo encontrar una alternativa (12).

Esta larga introducción me ha parecido necesaria para enmarcar mejor el clima político en el que se encontraba el Patriarca Roncalli en la Italia de 1953.

¿Progresista o conservador?

Lo hemos visto: a diferencia del arzobispo Montini, hijo de periodista y miembro del Partido Popular, la política no era el pan de cada día del arzobispo Roncalli.

Sin embargo, era profundamente, yo diría visceralmente, hostil al Integrismo, es decir, a una visión integralmente católica de la sociedad. Sus simpatías se dirigían más bien hacia el “Sillon” democrático y progresista condenado por San Pío X. ¿Puede decirse, entonces, que era “progresista”? En el fondo, Roncalli era un historiador. Esta pasión por la historia nos hace comprender el aspecto “conservador” de su personalidad que impresionó a tantos, e hizo pensar a muchos que se habría opuesto, de haber estado vivo, a las reformas conciliares y postconciliares. Experto estudioso de la Contrarreforma, clérigo devoto según los cánones de la piedad tridentina, ¿cómo habría podido ponerse conscientemente a la cabeza de una revolución que cerraría, precisamente, la era iniciada en Trento?

Y, sin embargo, lo hizo. El pacifismo intelectual de Roncalli, su liberalismo subyacente, su optimismo exagerado, inconsciente de la verdad respecto de la malicia del hombre, hicieron que el estudio de la historia moldeara en él una mentalidad “historicista”, que todo lo relativiza. El pasado, pues, le parece oscuro. El presente más bello, el futuro indefectiblemente radiante. “Contemplando las circunstancias de la vida presente”, dice, “nos vemos fácilmente inducidos a la crítica desconsolada de los males y desórdenes que nos rodean, especialmente bajo los diversos aspectos de ideas y principios erróneos en religión y filosofía, y de la decadente y tentadora vida moral” (13). ¿No era éste el juicio negativo sobre los tiempos modernos expresado por todos los Papas? ¿No calificó el mismo Pío XII estos tiempos de “fuera del redil de Cristo”? ¿No señalaban, por el contrario, el pasado, aunque imperfecto y fecundo, como la época en la que prevaleció la civilización cristiana?

León XIII y San Pío X habían afirmado claramente que la civilización cristiana no debía inventarse, sino restaurarse, pues ya existía. No así Roncalli. El proseguía, de hecho, en su discurso diciendo: “En tiempos de San Lorenzo Justiniano **las cosas estaban mucho peor**” (13). No dice que ya entonces las cosas, o ciertas cosas, iban mal; Roncalli dice que, con la Cristiandad en vigor, las cosas estaban mucho peor que ahora, después de dos

